

# Vladimir Pinta

18 de agosto de 2008, 0:00

Vladimir Pinta no puede parar de tocar saxofón. En los años 60, tocaba en las calles de Praga. Después de la invasión soviética le mandaron a casa. En 1989 se volvió de nuevo en el saxofón, para conmemorar, y no se detuvo. Toca en la calle y es para los checos un símbolo de libertad. Por Pablo Moura en Praga

la Plaza de la Ciudad Vieja, Stare Mesto, Praga, 6 de la tarde. Un hombre de barba blanca y sombrero de safari africano toca saxofón al lado de la estatua de Dvorak. Está una pequeña multitud a su alrededor. Son turistas, unos van partiendo, otros llegando. El hombre tiene un grabador en el suelo, reproduciendo sonidos de la orquesta de Glenn Miller. Acompaña y hace suelos sobre el fondo musical rojizo e indistinto. Contorsiona, agitando el instrumento plateado y antiquísimo, dejándose conducir por él en una danza enérgica y voluptuosa. A veces, se para, levanta cabeza y grita: "¡Pennsylvania seis-five mil!". Y vuelve a tocar, con los ojos cerrados. Los turistas se divierten. Filmam, empujan a los niños a depositar una moneda en la caja del saxofón, abierta en el suelo. Algunos mandan a las novias abrazarse al músico, para fotografiarlas con pose y sonrisa de "

"Él toca de mañana por la noche", dice la mujer, Daniela, rubia, 26 años más joven. "Acorda y empieza a tocar, luego viene a tocar aquí, por la noche, en casa, toca hasta ir a la cama, nunca se detiene.

Los turistas se quedan algo hipnotizados mirando a Vladimir. Él parece estar en trance y no saben qué pensar. Él hace tanto esparcimiento, que puede muy bien ser un loco de las calles de Praga.

Pero el profesionalismo con que está fijado el cartel, la sonrisa sobria de la asistente gestionando el merchandising, la propia calidad de la música disuade esa interpretación. Pinta es simplemente divertirse a la grande.

Daniela tiene una pila de cds en la no, que intenta vender a quien pasa. Los Cds son grabados por Daniel, el hijo mayor de la pareja, que concluyó el curso de Derecho y va este año a Santiago de Compostela hacer un postgrado. Toda la familia trabaja en la misma empresa -las actuaciones del padre- y lo vive.

Vladimir Pinta, de 75 años, es el artista callejero más conocido de Praga. Ya tocó en el Puente Charles, antes de haber sido expulsado por la autarquía. Ahora viene todos los días a la Plaza de la Ciudad Vieja, en tren desde Karstein, a 30 kilómetros. Daniela viene con él. "Soy su agente de seguridad". En el centro de la ciudad de St Nicholas, al lado, paga 350 coronas (17 euros) de impuesto por las dos horas de rendimiento en la calle, al lado de la estatua de Anton Dvorak, de quien dice ser descendiente directo. Los autóctonos ya no para oír. Pero les gusta comprobar que todavía está allí, en su lugar. Vladimir Pinta es un símbolo. Mientras toca, hay libertad en el país.

El saxofón

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, Vladimir tenía 12 años y una enfermedad grave. La madre pensó que iba a morir. El padre huyó, apenas los nazis anexaron a Checoslovaquia, dejando a la mujer en Praga, por estar embarazada. Vladimir pasó hambre durante la ocupación alemana y continuó pasando después. La familia, por ser católica, siempre vivió al margen de las benesses del régimen. Vladimir no tuvo derecho a estudiar. Fue a trabajar en la construcción civil. Al mismo tiempo, a su costa, estudiaba para ser maestro primario y aprendía a tocar saxofón. Se acordó de escuchar en la radio, cuando era niño, los músicos americanos y

también las grandes orquestas checas, que proliferaban antes de la guerra y hasta los comunistas tomaron el poder en 1948. A partir de entonces, el jazz pasó a ser considerado una influencia nefasta de Occidente, ya ser perseguido.

En 1953, Vladimir consiguió un empleo en una escuela para niños huérfanos, abandonados o discapacitados. Algunos años después, comenzó a tocar en la calle y en bares. Acumulaba los dos salarios y pasó a tener lo que se podría considerar, en la época, una buena vía. La verdadera vida bohemia.

Entraban los años 60 y Praga era una ciudad viva y excitante, para los patrones del mundo comunista. El jazz volvía a ser tolerado y estar de moda. La Radio de Praga tenía una orquesta residente y varios tríos y cuartetos tocaban regularmente en el club Reduta, que aún hoy es el más importante en la escena yacimiento de la ciudad. Uno de esos grupos era el Junior Trio, donde el contrabajo estaba a cargo del joven Miroslav Vitous, que en 1968 se exilaría en Estados Unidos, donde se haría famoso.

Varias orquestas tocaban en las calles de Praga, en la Ciudad Vieja, en la zona bohemia de Mala Strana y en la plaza Wenceslao. Vladimir formaba parte de una de esas Big Bands. Fue allí que conoció a su primera mujer, que tocaba trompeta. "Yo era un gran valdevino y ella muy celosa", recuerda Pinta. "El matrimonio no se aguantó mucho tiempo, era muy loca la vida en Praga en aquella época". La segunda mujer era italiana. A causa de ella, Vladimir viajó varias veces a Italia, donde conoció músicos y tocó en bares.

Entre los 25 y 35 años, Vladimir Pinta saboreó la vida minuto a minuto. Era un hombre hermoso y talentoso, que sabía cultivar un aura de artista bohemio. Me gustaba vestir de forma estapafúrdia. Usaba sombrero de vaquero, gorras militares antiguos o cualquier adorno que traía de sus viajes. Las mujeres no le resistían. Ganó

mucho dinero con la música, pero gastaba todo en la vida nocturna o ayudando a los niños de la escuela donde enseñaba. Los compraba ropa, libros, instrumentos musicales. No tenía ninguna ambición material. Nadie tenía, en aquella época, en esta parte del mundo. Sólo le interesaba el placer, el arte, el afecto. El régimen vivía sus días de gracia, proporcionando una conciencia de justicia colectiva y tolerando una dosis individual de rebeldía. Los ojos azules de Vladimir Pinta transporta todavía esa idea específica de felicidad,

Cuando, en 1968, Alexander Dubcek empezó a experimentar el "socialismo de rostro humano", Pinta estaba de alma y corazón a su lado.

"Por él, hasta me inscribí en el Partido Comunista", cuenta ahora. "Dubcek era un santo. Cuando lo despidieron, después de la invasión de los tanques, salí también del partido, pero ellos se vengaron".

No hay música durante la "normalización" después de agosto de 1968 la invasión, Vladimir tuvo que dejar de jugar. Casi todos los clubes cerraron, estaba prohibido actuar en las calles. Pinta entró en depresión profunda. La mujer le dejó, a él y al país. Se escapó a Italia. Él estaba demasiado triste para huir.

"Pensé matarme, inmolarme por el fuego, como Jan Palach [el estudiante que se incendió en la plaza Wenceslao, en protesta contra la intervención soviética], pero hasta eso me parecía ir, no serviría de nada", dice Vladimir. "Todos los checos quisieron imitar a Palach". Pero quizá Vladimir haya sufrido aún más que otros.

Intentó dedicarse a sus alumnos, pero comenzó a hablarles de Cristo, y fue expulsado de la escuela. Se cerraba en casa, pero no podía tocar solo. A veces, era invitado a actuar en una fiesta clandestina. Allí, se excedía. Tocaba con tanta emoción, que se volvía penoso oírlo. Fue en una de esas fiestas que Daniela lo conoció.

Ella tenía 20 años y él 46. "Vi a tocar y me quedé toda arrepentida, de conmoción", recuerda ella.

"En aquel momento, tenía planes de casarse con mi novio, que era de mi edad, pero Vladimir vino a hablar conmigo al final del concierto. Me invitó a pasar un fin de semana en la casa de campo de un amigo. y me casé, yo tenía tantos sueños, después de todo, Vladimir fue mi sueño.

Como la música lo angustiaba, Daniela le convenció a de lado el saxofón. Vladimir comenzó a pintar. Daniela venía a la calle a vender los paisajes de Praga del marido. Daniel nació y, enseguida, la madre se quedó embarazada otra vez. "Como yo soy católica, y Vladimir también ... no tomaba nada, yo lo amaba, pero no era fácil vivir con él, se sentía frustrado, era rezón. A cierta altura, mi antiguo novio, que huyó al extranjero después de 68 y enriqueciera, regresó y quiso que yo volviera a él, pero yo amaba a Vladimir, siempre amé.

Vladimir renació en 1989. Con la revolución de terciopelo, las personas vinieron a la calle.

Durante meses, Praga fue una fiesta permanente.

Vladimir tomó el saxofón. Dijo a la mujer: "Los bolcheviques se han ido, Ah! Ahora, me voy a divertir".

Trae el saxofón y el trombón a la calle y desató a tocar de mañana por la noche. Hasta comenzó a cantar, lo que nunca había hecho. A los 57 años, reanudó la vida. Vino a la calle conmemorar la revolución, la democracia y la libertad, y nunca más se detuvo. No puede parar. Es como si en cada día tuviera que recuperar los años que no vivió, en una carrera frenética detrás de sí mismo y de su destino. "Al principio estaba muy preocupada, parecía loco, tuve miedo de que le diera algo, pero me acostumbré", dice Daniela. "Él tiene la energía de un adolescente, y el optimismo también, está siempre agarrado al saxofón, pero yo ya no le digo nada, Vladimir tiene que tocar".

Lo hace como quien cumple una obligación, y no

para, como si temiera no poder recomenzar. No quiere perder un solo momento de placer, de alegría.

La dictadura cayó hace casi 20 años, la desilusión post-comunista ya domina el discurso de todo el mundo. La gente está desencantada con la libertad. No es el caso de Vladimir Pinta. Él, que sufrió más que cualquiera, tiene ahora que divertirse más que todos.

Mañana:

David Glabish el viajero  
que ha sido ministro

